

✓
IRVING A. LEONARD

6 JUN 1964

T
**LA VISITA DE SARMIENTO
A NORTEAMERICA**

nota
Separata de la Revista Universidades N.º. 4

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

UDUAL
LC
191
.L41

IRVING A. LEONARD

LA VISITA DE SARMIENTO
A NORTEAMERICA

Separata de la Revista Universidad N. 4

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

UDUAL

LC 191

. L 41

370

20 jun 91

Edigo de burras

IDU 18020030

de inventario

018-02-00370

UN ARGENTINO FAMOSO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE LA DECADA DE 1840

Pocos americanos aprecian el hecho de que hace un siglo, cuando europeos tales como Mrs. Trollope, De Tocqueville, y otros, escribían sus impresiones críticas y, ocasionalmente, condescendientes sobre el sistema democrático y las costumbres observadas en los Estados Unidos, visitó a nuestros abuelos una de las personalidades más notables de América Latina, un admirador fanático de casi todo lo que fuera yanqui. Carente de los prejuicios aristocráticos y un tanto estirados de los críticos ingleses y franceses, este gran demócrata hispanoamericano vio en la tierra de Benjamín Franklin la brillante esperanza de la humanidad y la promesa de un mundo mejor. Este educador y estadista argentino, el gran "Maestro-Presidente" de esa república, Domingo Faustino Sarmiento, visitó Estados Unidos en dos oportunidades, una en 1847 y, nuevamente, desde 1865 hasta 1868, registrando en ambas ocasiones sus impresiones entusiastas. Como culminación de la segunda de estas visitas, Sarmiento, entonces Ministro Plenipotenciario de la Argentina en los Estados Unidos, recibió el honor que más habría de satisfacerle. El día de la clausura de cursos y entrega de diplomas en Ann Arbor, el 24 de junio de 1868, la Universidad de Michigan, primera y única institución que hizo eso, otorgó a este distinguido sudamericano el grado de Doctor en Leyes, reconociendo así, en temprana fecha, los lazos culturales que unen a los pueblos del hemisferio occidental.

Los archivos de la Universidad arrojan escasa luz sobre las circunstancias que condujeron al otorgamiento de un título a Sarmiento, aunque parece posible que la devota amiga del estadista argentino, la viuda del gran educador norteamericano Horace Mann, haya ejercido alguna influencia en el asunto. En la página 273 de las *Actas del Consejo de Rectores, 1864-70*, aparece esta escueta referencia:

“El Presidente anunció la orden especial fijada para las dos de la tarde, para considerar el otorgamiento de grados honoríficos a varias personas . . . Por moción del Rector Gilbert, el grado de Doctor en Leyes fue conferido a Sarmiento, enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina.”

Para una descripción de la ceremonia de otorgamiento de grados se puede acudir a lo dejado por Bartolito Mitre, secretario de Sarmiento, que consigna lo siguiente:

“Después que la habitual distribución de los diplomas hubo terminado, el Presidente Haven, tomando uno de la mesa, pronunció el nombre de Domingo Faustino Sarmiento, y declaró que la Universidad de Michigan, deseando honrar de manera adecuada a su ilustre huésped e investir con un acto de pública distinción su visita a esa remota región de los Estados Unidos, había resuelto acordarle el título de doctor, porque doctor es aquél que enseña. El Presidente Haven invitó entonces al auditorio a ponerse de pie para saludar al infatigable propulsor de la educación en Sud América y futuro Presidente de la República Argentina.”

Que Sarmiento no olvidó el insigne honor que le otorgara la Universidad de Michigan se trasunta en otra breve anotación en las *Actas del Consejo de Rectores* (pág. 369) donde se manifiesta el agradecimiento del Consejo a Sarmiento por la donación de dos curiosidades muy originales y se dictamina “que una copia certificada de esta resolución sea remitida al honorable donante”.

Estas “curiosidades” son descriptas en otra parte del mismo

volumen (página 361), en el informe del Profesor Alexander Winchell sobre contribuciones al museo, de esta manera:

“(1) Un admirable espécimen de Cóndor de los Andes, (*Vultur gryphus*), que, vivo, mediría probablemente nueve pies de extremo a extremo de las alas.

(2) *Chlamyphorus truncatus*, (Harlan). Una única especie de la familia de los armadillos, de las montañas de Chili (*sic*), de la cual se sabe que hasta ahora ha llegado a Norteamérica un solo ejemplar, mientras que en Europa existe sólo uno.”

Es interesante notar que, de estas dos donaciones, el armadillo es todavía catalogado entre las rarezas de las colecciones de los museos.

Pocas vidas son tan atractivas para el biógrafo como la de Sarmiento, pues su incansable lucha en favor de la educación y para reformar las rudas costumbres y la vida primitiva de la Argentina de su tiempo ofrece elementos dramáticos y aun épicos. No era solamente un político capaz y un eminente educador sino también un dotado escritor y un orador de primer orden. La palabra escrita y hablada era su medio adecuado y la democracia el fin que servía. De ahí que el carácter de sus escritos, que totalizan veinte volúmenes, sea esencialmente periodístico y de propaganda, pero algunos de ellos, particularmente su *Facundo*, traducido al inglés por Mrs. Horace Mann como *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants*, ocupan un seguro lugar en la literatura del hemisferio occidental.

Sarmiento nació en 1811, de una familia de la clase media, en San Juan, una pequeña ciudad del interior argentino cercana a las primeras estribaciones de los Andes. Como su vida comenzó un año después de ocurrida la revolución y la separación de ese país con España, estaba destinado a vivir hasta el fin de sus días en un período de tensión y tormenta y jugar un agitado papel en la vida nacional de su pueblo. Aunque concurrió a una escuela primaria durante algunos años, casi toda su educación fue adquirida por sus propios medios y a la manera de algunos héroes norteamericanos como Franklin y Lincoln. Paralelamente al luchador y hombre de acción nato, era también un lector omnívoro de notable memoria retentiva que devoraba cuanto libro

caía en su poder. Uno de los primeros libros que tuvo influencia sobre él y lo convirtió en un permanente admirador de los Estados Unidos fue la autobiografía de Benjamín Franklin traducida al castellano. Para Sarmiento, el filósofo y estadista norteamericano fue patrón y modelo consagrado durante toda su larga vida y en uno de sus propios libros, *Recuerdos de Provincia (Hometown Recollections)* confiesa fervorosamente su veneración.

“El segundo libro que yo leí fue la *Vida de Franklin*, y libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; y ¿porqué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y, dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, *ser doctor ad honorem como él*, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana. La vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho, un poco bien inclinado, que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la perfección que concibe. Escribir una vida de Franklin adaptada para las Escuelas, ha sido uno de los propósitos que he acariciado largo tiempo . . . ¿Dónde está entre nuestros libros el tipo, el modelo práctico, hacedero, posible, que puede guiar y trazar un camino a nuestras más bellas aspiraciones? Los predicadores nos proponen los santos del cielo para que imitemos sus virtudes ascéticas y sus maceraciones; pero por más bien intencionado que el niño sea, renuncia desde temprano a la pretensión de hacer milagros, por la razón sencilla de que los que lo aconsejan, se abstienen ellos mismos de hacerlos. Pero el joven que sin otro apoyo que su razón, pobre y destituido, trabaja con sus manos para vivir, estudia bajo su propia dirección, se da cuenta de sus acciones para ser más perfecto, ilustra su nombre, sirve a su patria, ayudándola a desligarse de sus opresores, y un día presenta a la humanidad entera un instrumento sencillo para someter los rayos del cielo, y puede vanagloriarse de redi-

mir millones de vidas con el preservativo con que dotó a los hombres, este hombre debe estar en los altares de la humanidad, ser mejor que Santa Bárbara, abogada contra rayos, y llamarse el Santo del Pueblo.”

Un hombre con la prodigiosa energía, combatividad y fervor por la renovación de Sarmiento se hubiera lanzado, naturalmente, a la arena de la política. Su vigorosa y neta oposición al tirano argentino, Juan Manuel de Rosas, cuya dictadura ofrece algunos paralelismos con el fascismo y el nacismo de este siglo, pronto lo obligó a un turbulento exilio en la vecina y hospitalaria república de Chile. No poco debe este país su notable actividad cultural a mediados del siglo pasado a los desterrados de la Argentina, particularmente a Sarmiento, cuya pluma y esfuerzos pedagógicos trabajaron allí incesantemente en procura de escuelas públicas y libertad de pensamiento. El entusiasta apoyo de don Manuel Montt, Ministro del Interior y más tarde presidente de Chile, permitió a Sarmiento realizar uno de sus más caros anhelos: un viaje a Europa y a los Estados Unidos para estudiar el funcionamiento de la democracia en general y los sistemas educacionales en particular.

En 1846 partió rumbo a Europa para visitar los principales países, particularmente Francia, cuyos pensadores y escritores habían estimulado tan intensamente su desarrollo mental. Pero se sintió un poco desilusionado porque la realidad del Continente difería mucho de las imágenes suscitadas por sus lecturas enciclopédicas. Le apesadumbró el hecho de que, mientras muchas de sus ideas liberales y democráticas le habían llegado a través de los filósofos franceses, había encontrado en Francia y Europa una aplicación de esos conceptos mucho menor que lo que él esperaba. Para él, la pobreza y miseria de las masas y las agudas distinciones de clases predominantes contrastaban con las doctrinas igualitarias de los pensadores que había aceptado tan entusiastamente. En este estado de desilusión se dirigió a los Estados Unidos en 1847, aunque sus fondos estaban casi exhaustos, deseoso de estudiar la educación popular en una democracia del Nuevo Mundo.

Las observaciones hechas en este amplio viaje fueron incor-

poradas a una obra titulada *Viajes por Europa, Africa y América*. La parte relativa a los Estados Unidos era esencialmente un diario de viaje en forma de carta a un amigo, de carácter informal, y trata principalmente de los hechos externos de la vida tal como saltarían a la vista de un turista inteligente y observador. Sarmiento se colmó de infinita admiración por casi todo lo que vio y, en los bullentes, pujantes y materialistas Estados Unidos de la década de 1840, creyó que por fin era testigo del funcionamiento de la verdadera democracia. La prosperidad relativamente uniforme, el sistema universal de escuela pública, y la libertad social que aparentemente disfrutaban todos le entusiasmó particularmente y lo convenció de que su país y otros de Hispanoamérica debían buscar su modelo no en Europa sino en la gran república de América del Norte.

Su itinerario incluyó Nueva York, las cataratas del Niágara, Montreal y Boston, cerca de la cual visitó a su ídolo, Horace Mann. De allí se dirigió a Washington, pasando por Filadelfia y Baltimore, tomando más tarde rumbo al oeste, con un compañero español, hacia Pittsburgh, Cincinnati, y, por el Mississippi, hasta Nueva Orleans, donde se embarcó para retornar a su patria sudamericana. Más abajo se transcriben algunos extractos de las impresiones que Sarmiento adquirió en su recorrido por los Estados Unidos de hace un siglo, ofreciendo una pintura incompleta pero viva de las costumbres de nuestros antepasados vistas por un contemporáneo latinoamericano. Lo que más atrajo la atención del estadista argentino y a lo que consagró más espacio fue a la evidencia de libertad en la mayoría de los aspectos de la vida norteamericana. Estos podrían agruparse como las "cuatro libertades" de que gozan los elementos humanos de la sociedad norteamericana, a saber: 1) la libertad de los individuos en general; 2) la libertad de las mujeres; 3) la libertad de costumbres; 4) la libertad de posición ideológica. Reproduzcamos algunos de los ejemplos de estas libertades personales observadas por un distinguido representante de un pueblo de nuestro hemisferio que era acendradamente tradicionalista.

La independencia y responsabilidad personales del individuo norteamericano asombraban a Sarmiento.

"El yankee se guarda a sí mismo y, si quiere matarse, nadie se lo estorbará. Si se viene siguiendo el tren, por alcanzarlo, y si se atreve a dar un salto y cogerse salvando las ruedas dueño es de hacerlo; si el pilluelo vendedor de diarios, llevado por el deseo de expender un número más ha dejado que el tren tome toda su carrera y salta en tierra, todos le aplaudirán la destreza con que cae parado y sigue a pie su camino. He aquí cómo se forma el carácter de las naciones y cómo se usa de la libertad. Acaso hay un poco más de víctimas y de accidentes, pero hay en cambio hombres libres y no presos disciplinados a quienes se les administra la vida."

Para un viajero de origen latino habituado a una reclusión de las mujeres casi morisca, la relativa libertad de la mujer norteamericana para trasladarse de un lado a otro públicamente y manejar su propia vida era una fuente incesante de asombro e interés. En consecuencia, Sarmiento dedicó mucho espacio a observaciones de este carácter y a la descripción de las costumbres del galanteo y el matrimonio. Esas jóvenes mujeres solteras que iban de un lado a otro sin dama de compañía suscitó su sorpresa y aprobación.

"... la niña soltera que va a hacer una visita a doscientas leguas de distancia no encontrará jamás quién les pregunte con qué objeto, con qué permiso se alejan del hogar paterno. Usan de su libertad y de su derecho de moverse. De ahí nace que el niño yankee espanta al europeo por su desenvoltura, su prudencia cautelosa, su conocimiento de la vida a los diez años."

En Washington, un empleado de la embajada de Chile:

"... podía mostrarme en la avenida de Pensilvania, entre las jóvenes transeúntes que llamaban nuestra atención, cuál era la hija de un senador, la de un banquero, una simple modista u otra persona menos calificable. La sencillez del vestido, paseos y trajines por las calles, sin que nadie las acompañe, y el detenerse aún a mirar cualquier cosa que llame la atención dan una idea del decoro de las costumbres norteamericanas, y de aquella libertad de que goza la mujer soltera entre ellos."

La comodidad y el lujo de los hoteles y de los vapores fluviales norteamericanos lo llenaban continuamente de admiración. El Hotel Saint Charles de Nueva Orleans y el vapor del río Hudson están descriptos con considerables detalles e ingenua delectación.

“Hay en aquellos buques de Hudson un *sancta sanctorum*, en cuyo recinto no penetra el ojo del profano, una morada misteriosa, de cuyas delicias puede cuando más tenerse sospechas por las bocanadas de perfumes que se escapan al abrirse momentáneamente la puerta. Los norteamericanos se han creado costumbres que no tienen ejemplo ni antecedentes en la tierra. La mujer soltera, o el *hombre de sexo femenino*, es libre como las mariposas hasta el momento de encerrarse en el capullo doméstico para llenar con el matrimonio sus funciones sociales. Antes de esta época viaja sola, vaga por las calles de las ciudades y mantiene amoríos castos a la par que desenvueltos a la luz del público, bajo el ojo indiferente de sus padres. Recibe visitas de personas que no se han presentado a la familia, y a las dos de la mañana vuelve de un baile a su casa acompañada por aquél con quien ha valseado o polkeado exclusivamente toda la noche. Los buenos puritanos de sus padres le hacen bromas a veces con el tal, de cuyos amores han sido instruidos por la voz pública, y la taimada se complace en derrotar las conjeturas, desmintiendo la evidencia.

“Después de dos o tres años de *flirtear*, éste es el verbo norteamericano, bailes, paseos, viajes y coqueterías, la niña de la historia, en el almuerzo y como quien no quiere la cosa, pregunta a sus padres si conocen a un joven alto, rubio, maquinista de profesión, que suele venir a verla, de vez en cuando, todos los días. Hacía un año que estaban esperando esta introducción. El desenlace es que hay en la familia un enlace convenido, de que se da parte a los padres la víspera, los cuales ya lo sabían por todas las comadres de la vecindad. Celebrado el desposorio, los novios toman en el acto el próximo camino de hierro y salen a ostentar su felicidad por bosques, villas, ciudades y hoteles. En los vagones se les ve siempre a estas encantadoras parejas de jóvenes de veinte años, abrazados, reposándose el uno en el seno

del otro, y prodigándose caricias tan expresivas que edifican a todos los circunstantes, haciéndoles formar el propósito de casarse inmediatamente, aun a los más contumaces solterones. No puede hacerse en términos más insinuantes que esta exposición al aire libre de las embriagueces matrimoniales, la propaganda del casamiento . . . Volviendo, pues, a los millones de novios que andan enardeciendo y vivificando la atmósfera con sus hálitos de primavera, los vapores del Hudson y de otros ríos clásicos les tienen preparados el departamento *ad hoc*. Llámase a este recinto la *cámara de la novia*! Vidrios de colores esmaltados imprimen a la discreta luz que penetra en ella, todos los suaves colores del iris; lámparas rosadas arden por la noche; y de noche y de día el perfume de las flores, las aguas odoríferas . . . Después de haber visto la cascada del Niágara, bañándose en las fuentes termales de Saratoga, pasando en revista cien ciudades y recorrido mil leguas de país, los novios vuelven después de quince días, extenuados, maravillados y contentos, a aburrirse santamente en el hogar doméstico. La mujer ha dicho adiós para siempre al mundo, de cuyos placeres gozó tanto tiempo con entera libertad; a las selvas frescas de verdura, testigos de sus amores, a la cascada, a los caminos y a los ríos. En adelante, el cerrado asilo doméstico es su penitencia perpetua; el *roasbeef* su acusador eterno; el hormigueo de chiquillos rubios y retozones, su torcedor continuo; y un marido incivil, aunque *good natured*, sudón de día y roncadador de noche, su cómplice y su fantasma. Atribuyo a aquellos amores ambulantes en que termina el *flirteo* americano, la manía de viajar que distingue al yankee, de quien puede decirse que nace viajero.”

Las libertades un tanto extrañas que los norteamericanos se toman con cualquier persona chocaron levemente la reserva y discreción latinas de Sarmiento, aunque las aceptó de buen grado como una de las curiosas concomitancias de los hábitos democráticos. Registra algunos casos observados en el lujoso Hotel Saint Charles de Nueva Orleans.

“En los salones de lectura, cuatro o cinco moscones se le apoyarán pesadamente en los hombros para leer el mismo trozo de la letra menudísima que está usted leyendo. Si baja usted

una escala, o quiere introducirse por una puerta, por poca que sea la concurrencia, el que le suceda lo empujará por apoyarse en algo. Si fuma usted tranquilamente su cigarro, un pasante se lo sacará de la boca para encender el suyo, y si usted no anda listo para recibirlo, se encargará él en persona de metérselo de nuevo en la boca. Si tiene usted un libro en las manos, con tal que lo cierre un poco para mirar hacia otra parte, su vecino se apoderará de él para leerse dos capítulos de seguida. Si los botones del paletó tienen relieve de cabezas de venado, caballos o jabalíes, cuantos lo noten vendrán a recorrerlos uno a uno haciendo girar la persona de usted de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, para mejor inspeccionar el museo ambulante. Ultimamente, si usted lleva barba completa en los países del Norte, lo cual indica que es usted francés o polaco, a cada paso se encuentra encerrado en medio de un círculo de hombres que lo contemplan con curiosidad infantil, llamando a sus amigos o conocidos para que satisfagan de cuerpo presente su novedosa curiosidad.”

El incidente de la extracción de un cigarro incluido en el párrafo precedente —la época de los fósforos baratos o gratuitos no había llegado aún— aparece nuevamente en la descripción del viaje hecha por Sarmiento. Esta vez el episodio ocurrió en Cincinnati y fue el compañero español del autor quien efectuó la delicada operación. Refiriéndose a su amigo, escribe:

“En Cincinnati fue donde Arcos, viendo a un pacífico yankee que leía su Biblia, sentado a la puerta de su tendejón, se paró delante de él, le sacó de la boca el cigarro que fumaba, prendió el suyo, volvió a metérselo, y siguió su camino sin que el buen hombre hubiese levantado la vista, ni hecho otro movimiento que abrir la boca para que le ensartaran el cigarro.”

Para un latinamericano, acostumbrado a las maneras ceremoniosas tradicionalmente asociadas con una sociedad bien educada, la familiaridad fácil, el extremo informalismo y las actitudes nada solemnes que los norteamericanos adoptaban en lugares públicos resultaban un poco asombrosas. Notó particularmente el respeto y la libertad que estos demócratas del norte concedían a sus pies, que frecuentemente descansaban en lugares

un tanto inapropiados y en inusitadas posiciones. Pero su admiración por la modalidad yanqui le hizo olvidar rápidamente esta falta de decoro, encontrándole sencilla explicación en la formidable epopeya de un pueblo viril que se desbordaba sobre un vasto continente.

Explica que:

“En un pueblo que como éste avanza cien leguas de frontera por año, se improvisa un estado en seis meses, se transporta de un extremo a otro de la Unión en algunas horas, y emigra al Oregón, deben gozar de tan alta estima los pies, como la cabeza entre los que piensan, o el pecho entre los que cantan. En Norteamérica verá usted muestras a cada paso del culto religioso que la nación tributa a sus nobles y dignos instrumentos de riqueza: los pies . . . Donde el temperamento y los instintos nacionales se reflejan con su más auténtica luz en las posturas de los yankees en sociedad . . . Cuatro individuos sentados en torno de una mesa de mármol pondrán infaliblemente sus ocho pies sobre ella, a no ser que puedan procurarse un asiento forrado en terciopelo, que en cuanto a blandura prefieren los yankees al mármol. En el Fremonthotel de Boston, he visto siete dandies yankees en discusión amigable, sentados como sigue: dos con los pies sobre la mesa; uno con los dichos sobre el cojín de una silla adyacente; otro con una pierna pasada sobre el brazo de la silla propia; otro con ambos talones apoyados en el borde del cojín de su propia silla, de manera de apoyar la barba entre las dos rodillas; otro abrazando o empiernando el espaldar de la silla, de la misma manera que nosotros solemos apoyar el brazo . . . No recuerdo si he visto norteamericanos sentados en la espalda de la silla con los pies en el cojín; de lo que estoy seguro es que nunca vi uno que se preciase de cortés en la postura natural . . . [pero] Sin favorecer estos hábitos, ni empeñarme en disculparlos, después de haber recorrido las primeras naciones del mundo cristiano, estoy convencido de que los norteamericanos son el único pueblo que existe en la tierra, el último resultado obtenido de la civilización moderna.”

De acuerdo con esta última declaración, Sarmiento afirma en otra parte:

“Los norteamericanos creen que no tienen vocación artística, y afectan desdeñar las producciones del arte, como fruto de sociedades viejas y corrompidas por el lujo. Yo he creído, sin embargo, sorprender el sentimiento profundo, exquisito, de lo bello y de lo grande de este pueblo que marcha de carrera en busca del bienestar material, y va dejando a su paso incompletas todas sus obras y a medio hacer. ¿Qué no entra por nada en el sentimiento del bello ideal, la beldad moral? ¿Qué pueblo del mundo ha sentido más hondamente esta necesidad de confort, de decencia, de holgura, de bienestar, de cultura de la inteligencia? ¿Qué pueblo ha sentido más horror por el espectáculo de lo feo, la pobreza, la ignorancia, la borrachera, la degradación física y moral, que es como la corteza y la primera apariencia de las sociedades europeas? En Roma, de entre los monumentos y las basílicas se alargan manos muy cuidadas pidiendo limosna.”

Como ya hemos visto, el cuadro de los Estados Unidos que Sarmiento traza en 1847 es, en general, una serie de observaciones sobre los rasgos exteriores de la vida, tal vez una exageración de los detalles que se han presentado primero ante sus ojos. Su entusiasmo por lo que creyó ver —el más perfecto funcionamiento del nuevo ideal de democracia— casi lo despojó de su condición de crítico, y pocos pasajes revelan esa penetración filosófica que hace de una crónica de viaje una duradera contribución a la literatura. No obstante, pudo resumir y sintetizar en pocas palabras, como un inspirado periodista, el gran movimiento hacia el oeste en Estados Unidos; si su síntesis no es totalmente exacta, es, sin embargo, épica en su acento.

“¿De dónde salen estos hombres?... La inmigración europea figura en segundo plano en estas sucesivas migraciones... Los Estados viejos o adultos engendran a los que van apareciendo. El *indian hatter*... va adelante, esparciendo los miembros de esta singular secta instintiva, que tiene por único dogma perseguir al salvaje, por único apetito el exterminio de las razas indígenas. Nadie lo ha mandado; él va solo al bosque con su rifle y sus perros a dar caza a los salvajes, ahuyentarlos y hacerles abandonar las cacerías de sus padres. Detrás vienen los

squatters, misántropos que buscan la soledad por morada, el peligro por emociones, y el trabajo de desmontar por solaz. Siguen a distancia los *pioners* abriendo las selvas, sembrando la tierra y diseminándose en una grande esfera. Vienen en seguida los empresarios capitalistas con emigrantes por peones, y fundando ciudades y aldeas según que los accidentes del terreno lo aconsejan. Sobre estos cuadros viene en seguida a colocarse la inmigración propietaria, mecánica, industrial, joven, que se desprende de los estados antiguos a buscar y crear la fortuna.”

Pero a pesar de todo su optimismo, que acaso proviniera de su fanática fe en la democracia y el deseo de verla en feliz funcionamiento, no se cegó ante un peligroso defecto de la realidad política y social de la gran república norteamericana; no dejó de advertir las trágicas implicaciones del mal existente que pronto se materializaría en una sangrienta guerra civil. ¡La esclavitud de los negros lo colmó de un enorme presentimiento!

“¡Ah, la esclavitud, la llaga profunda y la fístula incurable que amenaza gangrenar el cuerpo robusto de la Unión! ¡Qué fatal error fue el de Washington y de los grandes filósofos que hicieron la declaración de los derechos del hombre, al dejar a los plantadores del Sur sus esclavos!; ¿y por qué rara fatalidad los Estados Unidos, que en la práctica han realizado los últimos progresos del sentimiento de igualdad y de caridad, están condenados a dar las postreras batallas contra la injusticia antigua de hombre a hombre, vencida ya en todo el resto de la tierra?”

La primera visita y la última de 1865-1868 a los Estados Unidos de América ejercieron indudablemente profunda influencia en su vida y en la historia de la Argentina, pues mucho de lo que había observado en la república norteamericana, particularmente el sistema educacional patrocinado por su amigo, Horace Mann, se reflejó en los enérgicos esfuerzos reformistas de Sarmiento, como presidente de su país y en las funciones menores que desempeñó posteriormente. A este gran educador y estadista la Argentina debe gran parte de la sólida base sobre la que se asienta hoy su admirable sistema escolar. Y una prueba de lealtad espiritual hacia los Estados Unidos de este gran hombre,

que pertenece a todo el hemisferio occidental tanto como a la Argentina, se ofrece en una carta a su amigo Luis Montt, de Chile, escrita por Sarmiento dos años antes de su muerte y a propósito de la publicación de su libro de viajes. Refiriéndose a su visita a la gran república norteamericana, escribió:

“Mi viaje fue, entonces, como el de Marco Polo. Descubrí un Nuevo Mundo y nunca renuncié a él . . .”



